

Del Pensamiento Sociológico Actual

Las Crisis de la Civilización

La Dictadura del Proletariado en sus Relaciones con
la Filosofía del Siglo XVIII y el Cristianismo

Artículo de la "Revista Internacional de Sociología". Núms. V y VI.—Mayo-Junio 1939.—Por André JOUSSAIN, Agregado de Filosofía, Doctor en Letras y Laureado por el Instituto de Francia.

LA dictadura del proletariado puede ser considerada desde dos puntos de vista: desde un punto de vista teórico, tal como ha sido formulada en las obras de Carlos Marx y de Engels, como resulta de la lectura de "El Capital" o del "Manifiesto del Partido Comunista"; desde un punto de vista histórico y concreto, tal como le ha tocado realizarse en un tiempo o un país dados, o en diversos tiempos y en diversos países. Sea que se le considere bajo el primero o bajo el segundo de esos aspectos, se percibirá que no hay punto sin relaciones con la filosofía del siglo XVIII, ni sin analogía con los acontecimientos de la Revolución Francesa, relaciones y analogías más profundas de lo que parecen a primera vista. Vamos a referirnos, en las páginas siguientes, a su aspecto teórico.

1.—*El Marxismo y la Historia de las Ideas*

Bajo el primer punto de vista, el proletariado ha encontrado su teórico en Carlos Marx. Si la expresión, no es de él, la idea, infaliblemente, le pertenece. La dominación del proletariado está, en efecto, presentada en el Manifiesto Co-

munista como el resultado de una subversión violenta de la burguesía y de todo el orden social que la dominación de aquélla ha creado, y es en el intento de aplicar las ideas de Marx como los bolcheviques rusos han proclamado la dictadura del proletariado, fórmula acogida después con un gran entusiasmo, que el advenimiento de las dictaduras alemana e italiana, han contribuido a moderar un poco, en razón del interés que los militantes del socialismo marxista tenían por disimular las analogías que la dictadura de Lenin o de Stalin podían presentar con las de Mussolini y de Hitler, sus adversarios declarados.

Carlos Marx es originario de Alemania y de ascendencia judía. Del espíritu judío tiene un mesianismo que lo asemeja a los profetas de Israel. Al mismo tiempo, su pensamiento se forma bajo la influencia de la filosofía alemana, dominada en aquel momento por la resplandecencia de la doctrina de Hegel, y orientada, por otra parte, hacia el materialismo por los tránsfugas del hegelianismo, en particular por Feuerbach.

Los profetas hebreos habían predicado frecuentemente que llegaría “un día señalado por el Eterno contra todos los hombres orgullosos y altivos”, y que todo hombre que se encumbre sería humillado. Ellos han evocado en magníficas imágenes, a éste que “marchará un día sobre los príncipes como sobre el cieno, y los oprimirá como el ollero a la arcilla”; ellos han anunciado que los pobres y los desheredados, herederos legítimos del reino de Dios, reinarán un día sobre el mundo. Ellos han celebrado, así, la victoria final de Israel sobre los otros pueblos de la tierra. Carlos Marx, y con él el socialismo, trasladan al acaecer de la sociedad de su tiempo, y en el estado de civilización científica e industrial como es la extraña, la revolución imaginada por los profetas hebreos. El proletariado representa el pueblo elegido; la burguesía representa a los orgullosos y los poderosos, aquellos que despojaron a la viuda y al huérfano y que vivían en la injusticia; los imperios tenebrosos de este mundo —Gog y Magog— son los estados capitalistas; y el imperio futuro de los pobres y los desheredados, es la dictadura del proletariado. Al pueblo predestinado por la Escritura, Marx lo substituye por la clase predestinada que podrá decir un día, como el Eterno: “la plata está conmigo y el oro está conmigo”, y para la que los bienes de los ricos “serán del pillaje y sus casas desoladas”.¹ Mas, nacido en un siglo en que la ciencia ha hecho grandes progresos y en que el espíritu de profecía no está ya más en estimación, él tiende a dar a sus esfuerzos un fundamento científico, tiende a hacer de su ideal social una inducción sociológica; y la filosofía de Hegel, que prevaleció en Ale-

(1) Isaías, II, 12 y XLI, 25; Agée, II, 8; Sophonie, I, 12; Malachie, IV, 1 y 2.

mania en el momento en que él vivió allá, le proporciona, al punto, los medios de conciliar su materialismo ateo y su fe en el triunfo final del proletariado. El curso de la historia es, ante sus ojos, una dialéctica en que la oposición de las clases se resuelve en una síntesis superior por el establecimiento de una sociedad sin clases, consecutiva a la dictadura del proletariado. Los progresos técnicos y la utilización de las máquinas hacen necesaria la creación de vastas fábricas, que exigen un numeroso personal, lo que entraña, al principio, el empleo de un número creciente de asalariados, en seguida, la existencia de un número creciente de "sin trabajo", para seguir las crisis económicas que el régimen de la gran industria hace inevitables. Los asalariados y los cesantes constituirán el arma del proletariado, clase revolucionaria por excelencia, que expropiará, al final de cuentas, el pequeño número de capitalistas detentadores de los medios de producción.

En el tiempo en que Marx escribió, una corriente materialista se perfila en Alemania; ella se desarrollará, después de Marx, al mismo tiempo que el socialismo, con los Moleschott, los Büchner, Carlos Vogt, Ernesto Hoeckel, en parte bajo la influencia de "El Origen de las Especies" y de "La Descendencia del Hombre" de Darwin, renovándose así, en favor de las nuevas teorías biológicas, el materialismo francés del siglo XVIII.

Marx mismo, en su "Contribución a la Historia del Materialismo Francés", precisa que el socialismo y el comunismo se asemejan al materialismo del siglo XVIII. Ellos tienen de común con el materialismo, la creencia en la bondad original, en la igualdad de la inteligencia entre todos los hombres, en la omnipotencia de la experiencia, del hábito, de la educación, de la influencia de las circunstancias exteriores, en la alta importancia de la industria, como también la teoría de la igualdad de derechos para poseer, y la idea de que el interés bien entendido es el principio de toda moral. Marx cita la apología del vicio de Mandeville, al mismo tiempo que diversos pasajes de Helvecio, del barón de Holbach y de Bentham.

El materialismo dialéctico, es una especie de esta alianza monstruosa del hegelianismo y del materialismo. La dialéctica de Hegel es el artificio que permite aplicar al determinismo de los acontecimientos una dirección continua en un sentido deseado, que es el triunfo final del proletariado, e introduce así una especie de finalidad inmanente en un universo material en que todo se explica por las causas eficientes. Carlos Marx dota a la materia de la fuerza del desarrollo lógico de la Idea. Afirma que un mundo en que nada es real sino la materia ciega y sin objeto, evoluciona hacia la realización de un orden progresivo y casi providencial; que un determinismo inflexible en donde toda finalidad es vana, operará

finalmente para el efecto de crear un estado social conforme a los deseos y a las esperanzas de las clases desheredadas, como si la materia ciega estuviera encargada de realizar las miras de una Providencia, de esa Providencia a la que el materialismo niega absolutamente realidad. El juego ciego de las fuerzas naturales realiza, con inflexible necesidad, el reino final de la justicia.

Fuera de aquello que pueda deber, directa o indirectamente, al materialismo francés, Marx recibe, además, la influencia de las ideas francesas del siglo XVIII. A ellas les debe, en efecto, su concepción del progreso, que se representa como una marcha indefinida en un mismo sentido, salvo la diferenciación debida a la dialéctica hegeliana, suponiendo que ese progreso se realizará a través de la lucha de clases y por medio de ella. Se asemeja, así, a los filósofos del siglo XVIII por su optimismo, y por su tendencia por liberar la economía de la moral, eso que él hace, en su inspiración de las ideas de Hegel, sobre la identidad del derecho y de la fuerza: el proletariado vencerá porque él representa la fuerza y es la fuerza la que hace su derecho.

Bajo otro punto de vista aún, el espíritu del que Marx está animado se inspira en aquel de la Revolución Francesa y del siglo XVIII francés. Como Helvecio, él cree en la posibilidad de rehacer al hombre, ilusión que reaparecerá entre las teorías del bolcheviquismo ruso. Para Helvecio, en efecto, la educación —y él entiende por tal el conjunto de condiciones de vida de un individuo— forma al hombre y lo hace todo lo que él es. Se puede pues —y hace falta— transformar la conciencia del individuo de manera que identifique su interés particular con el interés general; y las reformas que suprimirán la contradicción entre el interés general y el interés particular no podrán ser realizadas “sino debilitando la veneración de los pueblos hacia las leyes y costumbres antiguas”. Toda tradición pues, ha de rechazarse, sea familiar, jurídica, moral o religiosa. La tradición, escribe Engels, es la fuerza de inercia de la historia, y bajo este título, será fatalmente quebrantada.

Por otra parte, si el hombre no es libre, y después del materialismo, tampoco lo será, pues la sola libertad que él tiene, es “la fuerza positiva de hacer valer su verdadera individualidad”, no es necesario castigar el crimen individual, sino destruir las fuerzas antisociales del crimen, y dar a cada uno el espacio social necesario para la manifestación esencial de su vida. Si el hombre está formado por las circunstancias, es necesario formar y hacer humanas esas circunstancias. Si el hombre es por naturaleza sociable, él no desarrolla su verdadera naturaleza, sino en la sociedad, y no necesita adaptar o adecuar la fuerza de la naturaleza a la fuerza

del individuo particular, sino a la fuerza de la sociedad". (1) Mas, puesto que es la sociedad la capaz de formar al hombre, es ella la que es necesario mejorar, no al hombre. Este no es responsable, y no hay lugar de hacer un llamado ni a su razón, ni a su voluntad para incitarlo o inclinarlo a la virtud. "Los hombres no son malos para nada", dice Helvecio "sino que están sometidos a sus intereses". No es, pues, el punto de la maldad de los hombres el que hace falta plantearse y resolver, sino el de la ignorancia de los legisladores, que siempre han admitido o aceptado el interés particular en oposición con el interés general. (2) Carlos Marx y Helvecio están de acuerdo en proclamar la irresponsabilidad del criminal, como lo estuvieron en el siglo XVIII La Mettrie y el barón de Holbach, como lo harán más tarde, después de muchos socialistas, los teóricos del bolcheviquismo ruso.

Al mismo tiempo que tiende a destruir toda moralidad verdadera, negando el libre arbitrio y la responsabilidad individual, y reduciendo la virtud a un simple conformismo nacido del acuerdo de los intereses particulares con el interés general, Marx ataca los principios mismos de la moral, privándola de todo carácter trascendente. Por lo tanto, la doctrina de Marx continúa el movimiento de la Revolución Francesa, mucho más que lo que se admite generalmente. En efecto, si el reconocimiento de los derechos naturales del hombre afirma implícitamente la trascendencia de la justicia, el principio de la soberanía popular y la ley de las mayorías, que de ellos se siguen, tienden, en una revancha, a la negación. Desde el momento que la voluntad general es la fuente de todo derecho, como lo exige lógicamente el principio de la soberanía popular, no puede haber un derecho trascendente que limite el poder de aquellos que hablan en nombre del pueblo, y es precisamente en este poder absoluto e incondicional que consiste la dictadura. Un rey de derecho divino reconocía, por esto mismo, que su poder no venía de él, sino de Dios, que lo obliga moralmente a obedecer la voluntad divina, y por consecuencia a la ley moral, que no es sino la expresión de esta voluntad. Puesto que es él quien hace la ley, él no hace sino el derecho, porque el derecho que él hace debe ser justo. Por poderoso, por absoluto que él pueda ser, hay algo por encima de él. Mas el pueblo que se dice soberano no tiene su poder sino de él mismo. Es su voluntad que hace el derecho. No hay nada por encima de él; y por una consecuencia necesaria, toda asamblea, todo Jefe de Estado que pretendiese hablar en su nombre, ejercería de derecho, si no de hecho, una autoridad incondicional. El dictador que no tiene su poder sino del pueblo o del prole-

(1) Karl Marx, Contribution a l'étude du matérialisme francais. (Etudes philosophiques de Marx et d'Engels, trad. fr. pp. 135-136).

(2) Helvétius, De l'esprit, t. 1er. p. 117 (edición citada por Karl Marx).

tariado, que constituye nombre más grande, no se inclinará ante un ideal trascendente, y el proletariado, o el pueblo, puesto que actúan por sí mismos, no lo harán más.

Se sigue de ello, lógicamente, que toda república democrática pura, fundada sobre el principio absoluto de la soberanía popular, y por consiguiente, también toda república socialista fundada sobre el principio de la dictadura del proletariado, son naturalmente hostiles a la religión, puesto que ellos no podrán respetarla y honrarla, sin asignar para la misma los límites del imperio de la voluntad del pueblo o del proletariado. También vemos a los teóricos de la Revolución Francesa y a los de la revolución rusa adoptar la misma actitud antirreligiosa. Por reacción contra el poder del clero y la intolerancia de la Iglesia, la filosofía del Siglo XVIII había combatido la religión hasta el grado de representarla como un artificio por el cual los reyes y los sacerdotes se habían propuesto fundar y sostener su poder temporal sobre la sociedad. Carlos Marx no hace sino proseguir esta teoría. Para él, las instituciones, las leyes, las creencias religiosas y morales, han sido imaginadas por las clases dominantes para eternizar su imperio; para eso es que han sido inculcadas a los proletarios las ideas y los sentimientos que los dejan sin defensa ante los aristócratas o burgueses, y de las cuales el proletariado debe libertarse para cumplir su evolución natural y concordar así la bondad con la fuerza.

El marxismo —y con él el bolcheviquismo ruso que es la moda en práctica— consiste, pues, en una concepción de la civilización y del progreso que aniquilan la vida interior y mística preconizada por la religión, en provecho de la vida social e industrial. Reemplaza la preocupación de la perfección moral y de la salud interna por la de la comodidad y del bienestar material. Hace consistir esencialmente el progreso de la civilización en el desarrollo de los medios de producción, en el perfeccionamiento de la técnica y en la difusión de los productos de la agricultura y la industria, excluyendo el fomento de la moralidad, considerada como inútil.

2.—*Marxismo y cristianismo.*

La cuestión que se plantea, pues, en última instancia, es aquella que indicaba Guizot en su "Historia de la Civilización en Europa": la de saber si el destino del hombre es puramente social, o si, al contrario, lleva en sí algo de extraño y superior a su existencia sobre la tierra. En otros términos, debemos inquirir si el hombre se conduce mejor cuando se limita a respetar la legalidad y a satisfacer las

obligaciones que la sociedad le impone, sin otra intención que la de escapar a la vituperación de la opinión pública o a las penas previstas por la ley, o si, por el contrario, él no está solamente sujeto a la legalidad, sino a la moralidad, si él debe preocuparse por la pureza de sus intenciones, por la legitimidad de su conducta, por su perfecta sinceridad hacia los otros y hacia sí mismo, si la virtud es un ideal que se impone a él, en virtud de una ley profunda de su naturaleza.

El marxismo resuelve la cuestión negativamente. Proscribiendo la religión, no solamente en sus cultos reconocidos, sino en su esencia misma, pretende privar al hombre de toda vida interior moral y mística, de toda preocupación de salud personal asegurada por la práctica de la justicia y de la caridad; subordinando la ciencia a la técnica industrial, niega la legitimidad de toda búsqueda científica que no conduzca, en último análisis, a las aplicaciones industriales. La virtud, a sus ojos, no puede ser sino una ilusión y una visión, como lo sostenía en otro tiempo Alberto Bayet, en su libro, actualmente bien olvidado, "La Ilusión de la Virtud". El único deber del hombre es trabajar en aquello que su época —o su partido— considera como progreso. Estando asentado, por otros, que el progreso se identifica con el triunfo de las teorías marxistas, se trabaja siempre por el progreso cuando se conjugan los intereses del partido que son postulados por el marxismo; y como el gran medio de asegurar el triunfo del partido es suscitar y sostener la lucha de clases, "toda acción útil al proletariado y nociva a la burguesía es buena; toda acción útil a la burguesía y perjudicial al proletariado es mala". La voluntad de poder del proletariado, y de aquellos que pretenden hablar en su nombre, no conocen la caridad ni la justicia.

Así se refleja el carácter subversivo de la doctrina. A los ojos del proletariado, única clase revolucionaria, "las leyes, la moral, la religión, son sólo prejuicios burgueses detrás de los cuales se esconden los intereses burgueses". Como los proletarios "no pueden apoderarse de las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo el modo de apropiación propio de ellas, y por consiguiente, el régimen de propiedad en vigor hasta nuestros días" y que ellos no tienen "nada por salvaguardar, sino sus pertenencias", además, sin propiedad, "ellos tienen que destruir toda garantía privada, toda seguridad privada existente". El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse y encaminarse "sin hacer quebrantar todas las capas superiores que constituyen la sociedad". Es por la destrucción violenta de la burguesía, como el proletariado establecerá su dominación. (1)

(1) C. Marx y F. Engels, Manifiesto del Partido Comunista.

En este punto, la actitud y la marcha del marxismo están también opuestas plenamente a las del cristianismo.

Durante los primeros siglos de su existencia, observa Guizot, el cristianismo no se preocupa para nada de modificar el estado social: "ha postulado con elevación, que no ha de recibirse dinero, ha mandado al esclavo a obedecer al maestro, no ha atacado ninguno de los grandes males, ninguna de las grandes injusticias de la sociedad de entonces", y por tanto, ha operado en el estado social las transformaciones profundas, porque ella ha cambiado al hombre interior, inculcándole nuevas creencias y suscitando en sus amos otros sentimientos. Ha ocasionado una profunda crisis de la civilización, porque ha regenerado a la humanidad.

El marxismo ha seguido una marcha inversa. En él se ataca de una manera directa y exclusiva al orden social. Ha pretendido destruir las desigualdades y las injusticias, libertar al asalariado de todas las tendencias con relación al patrón, liberar el trabajo de la dominación del capital. Se ha propuesto expresamente mejorar la condición social del proletariado. Para el porvenir; concreta todas sus esperanzas en el desarrollo de la grande industria y del maquinismo, y en la lucha de clases. El bolcheviquismo ruso, y su escuela, se esfuerzan por llevar a la industria, a su máximo desarrollo, y es llevada, en esta mira, hasta industrializar la agricultura. Ha mecanizado el trabajo. Al mismo tiempo, en su deseo de transformar la sociedad enteramente, ataca a todas las instituciones y a todas las disciplinas sociales del pasado: la religión, la patria, la familia misma. Después de armar al obrero contra el patrón, al paisano pobre contra el rico (Kulak), al obrero y al paisano contra el burgués, enseña a los niños a menospreciar a Dios. Y es transformando la sociedad como pretende rehacer al hombre.

El marxismo se plantea, pues, como la viviente antítesis del humanismo cristiano, que constituye el patrimonio espiritual de la civilización de occidente. Situando la economía en primer lugar, subordina la ciencia a la técnica, y las investigaciones científicas a las exigencias de la vida industrial, se opone al humanismo greco-latino, que tendía a poner las virtudes contemplativas por encima de las virtudes prácticas, y que hacía del conocimiento de la verdad un fin y no un medio. Al proponerle al hombre un ideal de confort y de bienestar, enseñándole que su reino es únicamente de este mundo, y que sus esperanzas deben ser solamente terrenas, se opone, tal como la filosofía epicureísta o utilitaria del Siglo XVIII, contra el ascetismo y el misticismo cristiano. La crisis de la conciencia europea, de la cual M. Paul Hazard ha encontrado las primeras manifestaciones en las corrientes del pensamiento de los siglos XVI y XVII, después de haber producido sucesivamente la Reforma, luego la revolución francesa, llega, más o menos

lógicamente al desarrollo del marxismo y a la revolución rusa, y toma así, cada vez más, el carácter de una crisis de la civilización.

La civilización europea, tal como es la nuestra, aún presentemente, es una civilización cristiana, humanista, científica e industrial.

Del cristianismo ha recibido un ideal de fraternidad humana, un sentimiento profundo del valor de la piedad y de la caridad, una noción de la dignidad humana y el respeto debido a todo hombre, en tanto que es hombre. Del humanismo greco-latino ha recibido un ideal de sabiduría, de proporción, de medida, que debe particularmente a la filosofía griega, una preocupación por el derecho, fundado en la razón y universalmente aplicable, una noción de la justicia más o menos penetrada del espíritu de ese derecho romano del que puede decirse que era "la razón escrita". De la ciencia, tiene el afán de explicar todas las cosas por las causas naturales, de dar razón de todos los hechos sometiéndolos a leyes inmutables, de representarse al mundo lo más objetivamente posible. De la industria, en fin, desarrollada gracias a la ciencia experimental hasta su más alto poder, procede su ambición de dominar, cada vez más, la naturaleza, y de someter todas las fuerzas naturales al servicio de sus necesidades, de sus apetitos y de sus deseos.

De estos cuatro elementos de nuestra civilización, el marxismo rechaza los dos primeros, el cristianismo y el humanismo, y no conserva el tercero, la ciencia, sino para subordinarlo al último, que es la industria. Desde este punto de vista, el marxismo aparece, pues, ante todo, como el abandono de la mayor parte de la civilización, de esa que la humanidad ha considerado, hasta el presente, como su patrimonio espiritual. Nacido en el desarrollo de la gran industria y del maquinismo y, en cierta forma, hipnotizado por las esperanzas que suscita, tiende a crear una civilización puramente científica e industrial, en que la ciencia, por otra parte, estaría estrechamente subordinada a las necesidades de la industria, y no sería estimado sino en la medida en que ella acierta a mejorar la condición material del hombre o la fuerza militar del Estado comunista. Maquinismo contra cristianismo. ¿Aquél matará a éste?

Tradujo *Alberto F. SENIOR.*